



HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA PAZ (Hacia una Teología Bíblica de la Paz – VII)

Introducción:

Una de las contradicciones con que luchamos los cristianos, que intentamos tomar en serio el camino de la paz, tal como Jesús nos lo ha enseñado, es armonizar la realidad de nuestra vivencia con nuestras convicciones espirituales e intelectuales. Una fundación canadiense recientemente hizo un estudio de la violencia y la guerra entre los diversos pueblos, con sus religiones diferentes, y descubrió que entre todos los grupos, fueron los cristianos los más violentos. Y no sólo esto. Entre los cristianos, fueron los más dogmáticos, los más convencidos en su fe, que resultaron ser los más beligerantes. ¿Por qué es que los seguidores del “Príncipe de Paz” no nos parezcamos más a Jesús? ¿Por qué es que entre los más convencidos en nuestras convicciones a favor de la justicia, y la paz y la no-violencia seamos tan violentos en nuestras relaciones con otros?

Recientemente estuve en una reunión de pastores menonitas en los EE. UU. donde uno de los pastores en un obvio momento de frustración dijo: “Nuestras iglesias no son iglesias de paz. En mi congregación veo la violencia todos los días en la forma de desavenencias inter-personales, conflictos matrimoniales, luchas por el poder, familias no funcionales, en fin, muchas manifestaciones exteriorizadas de nuestras violencias sublimadas.

Ted Koontz ha señalado que entre los Menonitas norteamericanos demasiadas veces son precisamente los defensores públicos más fervientes de una posición teológica pacifista absoluta los que con más probabilidad habrán de manifestar señales de violencia en sus vidas personales. Cuenta el testimonio de una mujer menonita que fue víctima de abuso sexual en manos de su propio padre. El había sido un exponente prominente para la paz en el vecindario y se había opuesto a la introducción de la enseñanza militar en la escuela pública. Pero mientras tanto, venía violando sexualmente a su propia hija. En otro caso,

más extremo aún, significaba predicar sermones fervientes abogando por la paz el domingo y violando sexualmente a su hija el lunes. ¡Qué Dios nos tenga misericordia!¹

A) El Problema de la Violencia Menonita

Los historiadores y los sociólogos menonitas han señalado que históricamente la no-violencia, o la no-resistencia en su sentido neotestamentario, ha sido una de las características más centrales de la identidad menonita. El Sermón del Monte, “No resistáis al que es malo ... A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra ... Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mt. 5:39-48) y la teología de la paz paulina, “Benedicid a los que os persiguen ... No paguéis a nadie mal por mal ... No os venguéis vosotros mismos ... Si tu enemigo tuviere hambre dale de comer ... No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Rom. 12:14-21) han sido fundamentales en la formación espiritual de los Menonitas.

Las confesiones de fe menonitas, a lo largo de los siglos, todos han enfatizado este elemento central de nuestra fe. Si los Mennonitas históricos tenemos un “canon dentro del canon” serían los textos del Sermón del Monte que hemos citado arriba. Este texto ha sido clave para nuestra interpretación bíblica. De modo que convicciones en relación con la paz – y específicamente la no-violencia, – son centrales para una identidad menonita.

Este énfasis tradicional sobre la no-violencia ha contribuido a la formación de lo que podríamos llamar una personalidad menonita, además de nuestra espiritualidad. Los Anabautistas hablaron mucho de “gelassenheit”, es decir, un espíritu de sometimiento y de entrega a la voluntad de Dios, especialmente frente a la persecución y el martirio. Pero cuando los tiempos de persecución pasaron y nuestros antepasados fueron tolerados y hasta apreciados por su honradez y su laboriosidad su expresión de “gelassenheit” pasó a ser una personalidad tranquila, modesta, con una disposición no agresiva. En el siglo XIX especialmente la humildad, acompañada con todo un conjunto de características afines como auto desprecio, mansedumbre, paciencia (comprendidas en su sentido negativo mas bien que en sus sentidos bíblicos, donde eran aspectos fundamentales en la vivencia de Jesús y sus discípulos), llegó a ser una virtud codiciada entre los Menonitas. Esta personalidad distintivamente menonita ha mermado notablemente entre Menonitas en Norte América, especialmente desde la segunda Guerra Mundial a mediados del siglo XX. Probablemente esto se debe más a influencias modernas, que a un retorno a las condiciones radicales de la iglesia primitiva o a una recuperación del espíritu del Anabautismo del siglo XVI. La no-violencia apela muy poco a la mentalidad moderna, como tampoco apelaba a la mentalidad greco romana del primer siglo. Tendríamos que preguntarnos si nuestro activismo pacifista se debe más a una renovada fidelidad a la Biblia o si es más una expresión de nuestra adaptación al espíritu de la modernidad.

Cuando la no-violencia es asumida como un “requisito” a fin de satisfacer a un Dios que, en nuestra imaginación, nos amenaza con el infierno si no obedecemos, o a fin de satisfacer a una iglesia que insiste en nuestra conformidad con sus reglas, nuestra no

¹ Ted Koontz, “Nonresistance as Piety”, *Mennonite Quarterly Review*, 69, (July 1995), pp. 354-368.)

conformidad con el orden imperante se convierte en una fuerza destructiva. (Lo que en Romanos 12 fue una hermosa descripción de una vivencia fundada en la gracia asombrosa de Dios llega a ser un código a ser impuesto mediante la coerción social.) Es más fácil conformarnos de acuerdo con las exigencias legalistas que constantemente renovar nuestra conciencia de la maravillosa gracia inmerecida de Dios. Solo podemos ser fieles por la gracia de Dios. La presión social sobre nosotros a ser “buenos” y no-violentos no puede ser sostenida, a la larga, sólo por un sentido del deber.

Esto se aplica especialmente a los hombres debido a la forma en que la sociedad define “hombría”. La presión social sobre el hombre a ejercer el control es enorme. Y cuando en la iglesia no se provee un espacio de seguridad en donde confesar nuestros pecados, interiorizamos nuestras contradicciones y cedemos a la tentación a vivir vidas de duplicidad. En la experiencia menonita una “gelassenheit” fingida nos ha conducido, a veces, a ser personas inseguras, apocadas y temerosas. Sentimientos reprimidos, hallan sus maneras de expresarse en otras formas, incluso en expresiones de violencia cuando nuestras vidas no siguen transformándose mediante la inefable gracia de Dios.

B) Una Auténtica Experiencia de Gracia es Esencial Para una Espiritualidad de Paz

Nuestro compromiso con la paz y la no-violencia tiene que ser fundada en experiencias personales de la misericordia de Dios a fin de poder vivir la paz como respuesta libre a la gracia divina. Una clara visión y vivencia de la paz y la no violencia no pueden ser sostenidas meramente como un deber exigido por un Dios vengador, ni en base a las expectativas de una congregación celosamente vigilante y exigente.

La paz tiene que fundamentarse en la realidad de nuestras experiencias del soplo suave de las brisas vivificantes del Espíritu de Dios en nuestras vidas. En la presencia de Dios nos vemos por lo que realmente somos, finitos y fallidos, pero infinitamente amados por Dios. Es nuestra respuesta de fe a este amor infinito de Dios “que nos amó, siendo aún enemigos de Dios,” que hace posible que nosotros no resistamos con violencia al que nos hace el mal. En mi propia experiencia yo he encontrado que ha sido mucho más fácil hacerme entender, en mis esfuerzos por comunicar el Evangelio de la Paz, con un nuevo creyente, que con creyentes maduros y adoctrinados de denominaciones tradicionales.

Una nueva visión de la salvación por la gracia fue uno de los aportes más importantes de la Reforma Protestante en el siglo XVI. Si bien es cierto que hubo diferencias entre los Reformadores y los Radicales y éstos fueron perseguidos (a la muerte, a veces) por los Protestantes, no fue la recuperación de una visión más paulina de la doctrina de la salvación por la gracia que los distinguía. Los Protestantes también entendieron que la salvación eterna del alma sería sólo por la gracia de Dios, y no por sus propios méritos. Sin embargo, no estaban dispuestos a confiar, de forma no-violenta, la salvación de su vida (física) a la gracia de Dios. Habría que defenderla con la espada. Por esto, los Anabautistas no resistentes fueron más consecuentes que los Protestantes en su visión de la gracia.

No sería una mera coincidencia que en el contexto del Sermón del Monte Jesús aconseja a la comunidad de sus discípulos que pidan a Dios su Espíritu Santo (Mt. 7:7-11). Más que una simple enseñanza sobre la importancia de la oración, el énfasis en este párrafo cae sobre el hecho de que el “Padre dará buenas cosas a los que le piden” (7:11). La versión que nos ofrece Lucas nos aclara qué son estas “buenas cosas”. “¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?” (Lc. 11:13). Seríamos los primeros en reconocer que amar al enemigo no es una actuación que se nos viene con toda naturalidad. Para vivir esta visión de la paz se requiere mucho más que meros esfuerzos humanos. Para vivir la vida que corresponde al reino se precisa al Espíritu del Rey de ese reino.

Es el mismo Espíritu que descendió sobre Jesús en su bautismo, capacitándole para cumplir su misión mesiánica (Mt. 3:16-17). Y entre estas funciones mesiánicas esta precisamente la de bautizar a sus seguidores “en el Espíritu Santo y fuego” (Mt. 3:11). Para la vida de paz que corresponde al reinado de Dios, Dios mismo interviene en la persona de su Espíritu para capacitar y purificar a los que participan en su reino de paz. Es imposible leer las enseñanzas en el Sermón del Monte sobre la paz y la no-resistencia frente al malo, sin sentirnos humanamente impotentes y aplastados ante la nueva ley de Cristo y sus condiciones. Ante este sentido de incapacidad y frustración humanas viene la respuesta de Jesús: “Pedid ... Buscad ... Llamad” (Mt. 7:7), que el Padre pondrá en vosotros su Espíritu. Esta era precisamente la antigua visión profética de la era mesiánica de paz. “Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezeq. 36:27; cf. Jer. 31:33-34; Joel 2:28-29). Intentar amar a nuestros enemigos sin un bautismo en el Espíritu de Dios es correr el riesgo de naufragarnos.

Los primeros Anabautistas fueron motivados sobre todo por su encuentro con el Espíritu de Dios que los transformó “desde adentro hacia afuera”. Ellos no eligieron los caminos de sufrimiento que iban a transitar. Ellos no comenzaron con una teología de la paz bien pensada y elaborada. Fue mas bien, un proceso gozoso, y a veces angustioso, de seguir a Jesús a medida que su Espíritu iba revelándoles alternativas de obediencia en su caminar diario. En medio de una sublevación general de campesinos, ampliamente extendida por Europa central, con que ellos simpatizaban, los Anabautistas a veces vislumbraban los caminos no-violentos de sufrimiento vicario asumidos por Jesús y sus discípulos y otras veces, hay que reconocerlo, cedían a la tentación a depender de las armas, fueran éstas de autoridades que favorecían su causa, o de los campesinos y artesanos sublevados.

Este encuentro con el Espíritu de Dios fue fundamental para los Anabautistas. El carácter pneumático de los primeros Anabautistas, sin embargo, poco a poco fue modificándose en los intereses de la conservación institucional del movimiento. Arnoldo Snyder escribe lo siguiente de este proceso: “Para los primeros Anabautistas su pneumatología fue la sine qua non del movimiento. Su apelación a la intervención activa del Espíritu Santo en los creyentes fue el fundamento en que descansaba su anti-clericalismo y su anti-sacramentalismo ... Incluso, la “letra de la escritura” permanecía para ellos una “letra muerta” si no fuera interpretada en el poder del Espíritu Santo. También, su vida de seguimiento en el camino de la salvación estaba basada en la actividad regeneradora del

Espíritu Santo, que hizo posible ese discipulado ... El surgir del Anabautismo como un movimiento de restauración eclesial no se hubiera dado sin la convicción y el impulso pneumatológico que fundamentaba sus características más visibles,” incluyendo, sobre todo, la no-violencia.² Sin embargo, a medida que pasaba el siglo XVI, el movimiento iba suprimiendo las expresiones pneumáticas, y una conformidad a normas y reglas de comportamiento tomó prioridad sobre las experiencias de regeneración interior y dependencia del Espíritu.

Pero en el siglo siguiente en el suroeste de Alemania surgió el movimiento Pietista y, muy especialmente para nuestros propósitos, el movimiento Pietista radical que luego se conocería como “Los Hermanos”. Ellos recuperaron las dimensiones espirituales y personales, al igual que comunitarias, de una fe transformadora. E interesadamente, este movimiento prosperó especialmente en áreas que habían sido fuertemente influenciadas por los Anabautistas. Sencillamente, no hay sustituto para las dimensiones espirituales y relacionales (personales) en la vivencia del Evangelio de la paz.

Probablemente una de las razones por la falta de esa clase de espiritualidad que hace posible una vida de paz y no-violencia es nuestro temor; nuestra preocupación por nuestra propia seguridad y nuestra indisposición a arriesgarnos a la providencia y la protección de Dios. Nos olvidamos que es precisamente en medio de nuestra inseguridad que más experimentamos el poder salvador de Dios (2 Cor. 12:9-10). Es notable que en la medida en que su seguridad y estabilidad aumentaban, mermaba el énfasis sobre el Espíritu Santo entre los Anabautistas. Incluso, ese es un problema mucho mayor para los Menonitas en nuestra época, que lo fue para nuestros antepasados. Olvidando que somos un pueblo peregrino y que nuestra vida espiritual misma depende de la gracia de Dios y del sostén de su Espíritu, nos acomodamos, echando mano a otras fuentes de seguridad. Y en este proceso nuestra espiritualidad se marchita y nuestro testimonio al Evangelio de la paz pierde su claridad.

Un sano compromiso con el Evangelio de la paz requiere una comprensión experimental, al igual que intelectual, de la salvación como don inmerecido de Dios. Cuando nos damos cuenta que no merecemos, ni siquiera, nuestra propia vida, también nos daremos cuenta que no tenemos el “derecho” a defenderla. Este concepto radical de la gracia de Dios halla su mayor expresión en una postura no-violenta, una respuesta no defensiva basada en puro agradecimiento ante la generosidad misericordiosa de Dios. Ya que no somos nuestros, ni hemos creado lo que tenemos, no tendríamos porque defender ni la vida ni las posesiones.

La experiencia de la gracia misericordiosa de Dios en medio de nuestra propia debilidad es transformadora. Nuestra relación con Dios ya no es una relación determinada por nuestro deber, a fin de merecer el amor de Dios, sino por nuestro querer. Sabemos que Cristo murió por nosotros, aún siendo pecadores, “el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Ped. 3:18). Tiene sentido, entonces, hacer lo mismo con nuestros enemigos, imitando a Dios en su manera de amarnos a nosotros. Nuestra no-violencia depende, por

² C. Arnold Snyder, *Anabaptist History and Theology: An Introduction*, Kitchener, Ontario, Pandora Press, 1995, p. 379.

lo tanto, de nuestra capacidad de siempre comprender la gracia de Dios como un don inmerecido y responder a Dios y a nuestros semejantes de una manera consecuente.

Esta profunda experiencia de la gracia inmerecida de Dios también ofrece una solución para nuestros temores, nuestras inseguridades y nuestras falsas humildades. En nuestra experiencia del amor misericordioso y no-violento de Dios ya no tenemos porque llevar cuentas para ver que se nos haga siempre justicia y que nuestros derechos sean siempre respetados. Podemos andar confiados y amorosos por el sendero de la vida, tratando a todos con comprensión y benignidad. Esos sentidos de inferioridad y de desprecio propio que hay escondidos dentro de nosotros (Menonitas), son capaces de producir semillas de violencia inesperadas. Una experiencia realmente salvadora de la gracia de Dios hará que nuestra no-violencia sea más auténtica, respondiendo al Espíritu de Cristo mismo.

C) Sana Participación en el Cuerpo de Cristo es Esencial Para una Espiritualidad de Paz

Si fuéramos a preguntar ¿en qué consiste la novedad de vida experimentada por los Anabautistas primitivos?, probablemente la respuesta más definitiva sería “en la nueva comunidad de fe en que ellos participaban”. La experiencia de la gracia, para los Anabautistas, era personal, pero no por eso era individualista. Por eso, una de las formas más importantes en que podemos como iglesia fortalecer nuestro compromiso con el Evangelio de la paz y nuestra no-violencia es fortalecer nuestra vida de culto personal y comunitaria. El encuentro con un Dios que perdona y ama a sus enemigos produce, casi como un reflejo, una respuesta de adoración y alabanza.

Hay un sentido en que el culto del pueblo de Dios en este mundo es la actividad más contra cultural en que la iglesia puede involucrarse. En primer lugar, nos reunimos en su presencia para confesar que el Señor es Rey. Y a El debemos nuestra lealtad suprema, no a los señores de este mundo que la reclaman para sí. Segundo, nos reunimos para recordar las misericordias de Dios y darle gracias. Nos nutrimos de la historia de la salvación a lo largo de los siglos para luego integrar nuestras vivencias formando así parte de la historia grande. De esta manera, las vivencias de los personajes bíblicos vienen a ser las historias de nuestra gente, de nuestros hermanos y hermanas. Tercero, nos reunimos para expresar nuestras necesidades. Ofrecemos a Dios nuestros fracasos y nuestros pecados. Precisamente debido a la confianza producida por una larga y rica historia de su fidelidad y gracia podemos acercarnos con nuestros problemas. Sabemos por experiencia común que Dios provee y que Dios ofrece su protección. Finalmente, nos reunimos para encontrarnos con Dios, invitando la presencia del Señor y buscando el soplido creador y restaurador de su Espíritu.

Necesitamos a la iglesia para formarnos en las prácticas y las costumbres que renovarán nuestro primer amor. Necesitamos a la iglesia para señalarnos los caminos de Dios y orientar nuestro caminar. Necesitamos a la iglesia para advertirnos y llamarnos de vuelta cuando erramos el camino. Necesitamos a la iglesia para confesar nuestros pecados y experimentar el perdón. Necesitamos a la iglesia para que, junto con nuestros hermanos y hermanas podamos adorar a Dios y recordar de nuevo nuestra razón de ser como pueblo que anuncia el Evangelio de la paz y transformarnos en pacificadores al estilo de Jesús.

D) El Espíritu Santo y una Espiritualidad de Paz³

En la Biblia el Espíritu Santo crea la vida y renueva toda la creación. “Envías tu Espíritu, son creadas, Y renuevas la faz de la tierra” (Sal. 104:30). También establece la justicia y la paz y las restaura cuando la justicia y la paz se estropean debido a los egoísmos y las violencias humanas. La paz y la justicia son obras espirituales por excelencia. Ante los resultados funestos de la maldad de su pueblo, el profeta anhelaba la intervención del Espíritu de Dios “hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, ... y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será la paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre” (Is. 32:15-17). Y muy especialmente, el Espíritu de Dios obraría por medio del esperado Siervo de Yahveh, “He aquí mi siervo, yo le sostendré; ... he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones” (Is. 42:1).

Efectivamente, esta misma visión sirvió de inspiración a Jesús. “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; ... a poner en libertad a los oprimidos” (Lc. 4:18). Así fue la misión de Jesús y también sería la misión de la comunidad ungida por el Espíritu en Pentecostés. “Entonces Jesús les dijo ... Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envió. ... Recibid el Espíritu Santo” (Jn. 20:21-22).

En un mundo lleno de injusticias y de violencia en donde se piensa que la única salida es la destrucción de los enemigos opresores, hay otra alternativa. Es la alternativa del poder del Espíritu de Dios en el mundo. Este es el poder espiritual disponible en nuestra lucha contra los poderes del mal. La oración es la forma más básica de nuestra expresión espiritual. Nuestra preocupación por la paz y la justicia tiene que ser unida a la oración de la misma manera en que lo fue en la vida de Jesús. Nuestra espiritualidad se manifestará esencialmente en nuestra oración por nuestros enemigos de la misma manera en que Jesús oraba por sus enemigos. Su lucha en Getsemaní fue una lucha en oración.

Desafortunadamente, a muchos cristianos no se les ocurre la relación entre la oración y la opresión, las injusticias y la violencia; entre la oración y sus enemigos. Su espiritualidad está nítidamente encerrada en la esfera de lo religioso, totalmente separada del mundo de las violencias y las injusticias y las amenazas de sus enemigos de carne y hueso. Pablo comprendía muy bien esta realidad. “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad” (Ef. 6:12).

1) Por medio de la oración somos liberados para poder ver a nuestros enemigos en una nueva perspectiva. En la oración nos daremos cuenta de lo equivocado que hemos estado, muchas veces, en cuanto a las intenciones e identidad de nuestros enemigos. Podemos ver el conflicto con una nueva objetividad que nos permite clarificar la

³ En esta sección he dependido de John K. Stoner y Lois Barrett, *Letters to American Christians*, Scottsdale, PA: Herald Press, 1989, pp. 57-65.

situación. Nos libera para reconocer en nuestro enemigo otro ser humano por el cual Cristo murió también, al igual que para nosotros.

2) La oración nos ofrece la oportunidad para llegar a mayor claridad en cuanto a nuestras propias motivaciones; ¿qué estamos tratando de defender de lo nuestro, o qué intentamos lograr de nuestro enemigo? Por ejemplo, los ricos generalmente tratan de defender su abundancia excesiva y aquello que realmente les sobra y que muchas veces no echarían de menos si no lo tuvieran. Por otra parte, los oprimidos deben preguntarse si lo que ellos realmente necesitan y deseen puede conseguirse de las manos de sus opresores mediante los instrumentos de los poderes de la muerte.

3) La oración nos permite descubrir estrategias y acciones alternativas que no se nos hubieran ocurrido de otra manera. Durante la época de la cortina de hierro en Alemania Oriental, uno de los pastores que trabajaba bajo el régimen comunista hablaba de la forma en que “Dios les creaba espacios y les abría puertas” que sin la oración no hubiera sucedido. Generalmente en situaciones de conflicto pensamos que hay sólo dos soluciones: la nuestra y la de ellos, supuestamente, la acertada y la equivocada. Pero en la realidad, siempre hay más. Por medio de la oración Dios bien podría revelarnos una tercera alternativa, un camino de paz.

4) La oración nos abre, tanto nosotros como la situación conflictiva, a una iniciativa de Dios que resultaría ser mucho más poderosa que las peores amenazas del enemigo. Esta no es una estrategia puramente humanista. Es esperar la acción divina. Muchas veces en su historia el pueblo de Dios ha sido liberado del peligro que les amenazaba gracias a una manifestación milagrosa del poder de Dios. Aunque no siempre hay garantías de su éxito, jamás debemos rechazarla por ser una imposibilidad. Una respuesta violenta tampoco garantiza una salida feliz de situaciones conflictivas. Es más, generalmente los medios empleados predeterminan, en buena parte, los resultados logrados. La violencia siembra las semillas de más violencia. De acuerdo con la visión cristiana, la oración es más poderosa para lograr la salvación de víctimas inocentes que el recurso a las fuerzas armadas y sus bombas.

5) En la oración recordamos que Cristo también murió por las personas que nosotros tenemos por enemigos. Nos haría mucho bien detenernos a meditar que lo que pensamos hacer al enemigo estamos haciendo a la persona por la cual Cristo murió en la cruz. La cruz es el signo irrefutable del amor de Dios para sus enemigos. El Dios a quien servimos es un Dios de amor sin límites. Los que somos seguidores de Jesús no tenemos otra alternativa que colocarnos en la misma onda en que está Jesús; amar a nuestros enemigos y buscar su salvación. Crea una contradicción insostenible cuando la iglesia busca destruir a sus enemigos, mientras que el Dios, a quien la iglesia pretende servir, está buscando su salvación. En la oración esta contradicción se clarifica. De modo que la oración ejerce un efecto tanto sobre nosotros como sobre nuestros enemigos.

6) La oración nos coloca en la presencia de Dios. Esto, a fin de cuentas, apunta al significado profundo de la salvación. Para lograr las fuerzas que necesitamos para vivir y para superar los efectos del pecado en nuestras propias vidas y los efectos de la opresión

que sufrimos debido al pecado de otros, necesitamos a Dios y su poder. En la oración nos abrimos, sin defensas, a la presencia de Dios. La comunidad primitiva, cuya vida se describe en los Hechos de los Apóstoles, nos ofrece un poderoso ejemplo del papel de la oración en su sufrimiento en manos de sus enemigos. Ante la persecución y las detenciones injustas que sufrieron los apóstoles, ellos no pidieron la destrucción de sus adversarios. Su oración fue otra. “Y ahora, Señor, mira sus amenazas, y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús.” La respuesta de Dios no se hizo esperar. “Cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (Hech. 4:29-31; cf. 5:40-42). En lugar de pedir la destrucción de sus perseguidores, pidieron aún mayor fidelidad en su testimonio que, a la larga, resultaría en la salvación, no solo de ellos, sino también de sus enemigos.

“Mas seréis entregados ... y matarán a algunos de vosotros; y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre. Pero ni aun un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia (firmeza) ganaréis vuestras almas (salvaréis la vida)” (Lc. 21:16-19). El martirio de Esteban nos ofrece una pista para comprender este paradójico misterio de cómo morir y salvarse a la vez. En nombre de toda la comunidad de creyentes, Esteban se puso a dar testimonio con una fidelidad verdaderamente arriesgada. Como consecuencia Esteban fue muerto a pedradas. Esteban murió con una oración de perdón en sus labios. Y de esta manera él fue salvado de caer en la trampa en que sus enemigos estaban presos. Y en este caso, fue Dios, y no los enemigos de Esteban, que tuvo la última palabra. ¿Cuántas vidas inocentes fueron salvadas de la muerte, ese mismo día y en los días siguientes, debido a la forma valiente en que Esteban entregó su vida, en testimonio fiel, por su pueblo y por Cristo?

La vida y la muerte de Esteban, al igual que toda una línea de mártires (testigos) a lo largo de los siglos, ofrece un ejemplo de ese poder espiritual que está obrando en el mundo, estableciendo la justicia y haciendo la paz. Este mismo poder maravilloso del Espíritu de Dios sigue operante en medio del pueblo de Dios en este mundo para restaurar el reinado de Dios, el reinado de justicia y de paz, que el profeta Isaías había vislumbrado (42).

Finalmente, la resurrección de Cristo, y la nuestra también, nos dice que los opresores y los violentos no tendrán la última palabra. Nuestra confianza, a fin de cuentas, está en el Dios de la vida, y de la esperanza.